



Disparos por disparos

La guerrillera que dejó el fusil por la cámara

Ivonne Alonso-Mondragón

Escritora, docente y feminista, ia.alonso@uniandes.edu.co

En la guerrilla la conocían como Paula Sáenz. Su nombre lo eligió por una reina de belleza y su apellido porque, en medio de la selva, se apasionó por las cartas entre Simón Bolívar y Manuelita Sáenz.

La conocieron como “la fotógrafa de las FARC” por sus registros en la guerrilla, en la Habana, en las pedagogías de Paz, pero sobre todo porque al llegar a Bogotá reafirmó que su militancia ahora la haría detrás de una cámara y nunca más detrás de un fusil.

Dos años después de firmado el Acuerdo de Paz, en el 2018, hizo público su nombre civil, que es hoy su nombre como artista: **Alexa Rochi**, un nombre que le recordaba el suyo antes de la guerra y el apellido de una de las mujeres que más admiró mientras estuvo en armas.

Alexandra es vallecaucana, salsera, una gran conversadora, con un don de la palabra que donde no fuera fotógrafa, sería escritora. Esta entrevista es un pedazo de su historia, de su creencia fiel en la revolución, pero sobre todo de su apuesta profunda por la vida.

Ivonne Alonso: La guerra, de ninguna manera, representa lo mismo para todas las personas; ni para quienes han estado adentro ni para quienes han estado afuera; y siempre, en esa experiencia tan personal y tan íntima, hay una historia que nunca se cuenta. Y no se cuenta porque la gente no la quiere escuchar, porque no se considera importante, o porque la gente prefiere quedarse con la idea hollywoodense de las balas, las bombas, el bueno y el malo; en vez de preguntarse

por la humanidad de quienes han hecho parte de la guerra.

En su caso, y considerando que hoy en día usted se reconoce y se nombra abiertamente feminista, ¿qué representó la guerrilla para usted como mujer, en su construcción personal, dentro de la guerra, y también en términos personales hoy en día, seis años después de dejar las armas?

Alexa Rochi: Yo siempre he dicho, y eso se me quitará el día que dejé de respirar, y es que yo no me arrepiento de haber sido guerrillera; esa fue la mejor decisión que pude haber tomado de adolescente en las condiciones que me tocó ser guerrillera de las FARC-EP; y digo “me tocó” por mi situación familiar después de un intento de abuso sexual. Yo digo que si el tiempo se devolviera y me tocara vivir mi adolescencia tal cual fue, yo volvería a ser guerrillera. Las FARC fue la universidad de la vida, le debo lo que soy como mujer en términos de capacidad política, también lo que en algún momento fue capacidad militar, pero sobre todo el crecer y madurar con la vida misma y asumir los retos que me han tocado como ser humano.

Y pues también aplica en términos personales y profesionales después de dejar las armas; porque allá yo fui paramédica unos años, pero también lo que hago hoy en día como mi trabajo, como mi profesión, que es la fotografía, eso también lo aprendí en las FARC; un día cogí por accidente una cámara, de chismosa, y mi comandante de entonces, que era una mujer, me preguntó “¿quiere aprender?” y así me enseñó lo que hoy me da para comer. Porque yo acá afuera como firmante



Alexa Rochi @alexarochi_

del Acuerdo de Paz, dentro de las condiciones que permite la ciudad, la tecnología, estudiar, conocer otras cosas, pues eso me permitió afinar el disparo de la cámara y aprender de la calidad de fotografía; pero yo no habría podido ser *Alexa Rochi* sin haber pasado por las FARC, yo no existiría, porque donde no hubiera entrado a la guerrilla yo quizás habría terminado en la calle, en las drogas, incluso, quizás ya ni existiría; lo digo por las condiciones y lo difícil que es un mundo sin posibilidades, más en el campo que fue donde yo crecí.

Para mí fue la mejor determinación en medio de las otras posibilidades que tenía en esa época: o terminaba en la prostitución, y yo no quería eso para mí; o terminaba consumiendo drogas por depresión, porque yo era muy inocente y hacía planes de terminar el bachillerato, independizarme a los 22 años y a los 24 tener título como policía; eso era lo que yo quería. Nunca me pasó por la cabeza ser guerrillera ni fotógrafa; yo solo tenía en mi cabeza que quería ser policía, cosa que hoy, muchos años después, no entiendo la razón, pero era mi sueño. Entonces, en ese abanico de posibilidades tan cortito, lo menos peor, después



de lo que me pasa en mi casa, era irme a las FARC, y eso hice.

I. A.: No es un secreto que hay un morbo muy grande al rededor del imaginario de las mujeres en la guerra, y eso tiene que ver con la visión machista que está, lamentablemente, incrustada y normalizada en la estructura patriarcal de la cultura colombiana. De esa normalización han derivado prejuicios y estigmas con los que cargan y luchan constantemente las mujeres que han hecho parte de la guerra. De cara a ese morbo prejuicioso y moralista, ¿qué le gustaría a usted que Colombia supiera de esas cosas que nunca se habla de las mujeres en la guerra, de su participación, existencia y resistencia en las armas?

A. L.: Uffff, son muchas cosas, pero particularmente hablo de las FARC, que fue el grupo insurgente al que pertencí y del que hice parte por once años. Había, y creo que todavía existe, el imaginario que vendieron las matrices mediáticas de cada gobierno de turno, que además se incrementó en los periodos de Uribe, y era que las mujeres de las FARC éramos prostitutas. ¿En cuánto a qué? A que decían que supuestamente cuando una mujer recién ingresaba a las FARC tenía como obligación acostarse con los comandantes, y pasar de uno a otro. Así mismo como se pensaba, o se piensa aún, que los guerrilleros y guerrilleras matábamos por matar; como si las personas que estuvimos en las FARC no aprendimos a jugar con carritos de niños ni muñecas, sino que nacimos y de una vez veníamos con una AK47 en la mano, porque éramos unas máquinas de guerra. Ese es el imaginario de la gente, porque esa fue la imagen que vendieron de nosotros.

Y eso, cuando en la Décima Conferencia las y los guerrilleros dijimos unánimemente *Sí* al Acuerdo de Paz, pues más que decirle “*Sí* al Acuerdo” fue un escenario super importante, porque veníamos de más de 10 años de operativos militares muy intensos, entonces al decir nosotros y nosotras *Sí* a la Paz ya a los medios les quedó más difícil seguir vendiendo esa imagen. Por ejemplo, antes de eso era muy fuerte porque en los medios, después de cualquier cosa, por ejemplo, un partido de la Selección, un jugador hacía un gol y los comentaristas celebraban con emoción, pero inmediatamente después se oía una propaganda: “guerrillero, desértese, usted puede ver este partido en vivo y en directo desde su casa; su familia lo espera, no aguante hambre, no soporte

humillaciones de sus comandantes”; y todas esas cosas se incrementaron en esos gobiernos desde el 2002. Las FARC habían estado mediáticamente aisladas, entonces en la Décima Conferencia pasó algo importante, llegaron más de mil periodistas de todas las partes del mundo, en donde estábamos aproximadamente tres mil guerrilleros. Y al principio era un poco chistoso y después daba era como mal genio, porque llegaban y lo cogían a uno de guerrillero y lo tocaban: “uy, usted es de carne y hueso; usted camina, usted no es Terminator”, entonces pensaban como “usted es un ser humano”.

Allá hubo periodistas muy importantes y reconocidos, y que como iban con la idea de seguir diciendo lo mismo que ya habían contado los medios de nosotros, entonces al ver otro panorama, otra realidad en la guerrilla, prefirieron no decir nada; porque se les acabó el capítulo y el tema de las máquinas de guerra gracias a que ya nos vieron de frente.

Aun así, siguió el tema de que las mujeres éramos unas prostitutas, o que éramos violadas, y pues no, donde yo estuve jamás se vio eso. Yo lo pongo en este contexto: dentro de la guerrilla yo no conocí el acoso, o el acoso que se ve y que entendí acá afuera, y lo digo así porque éramos una guerrilla campesina y en el campo un piropo se ve como un halago y es normal. Claro, yo hoy sé que eso es acoso, pero allá adentro no se veía así porque no eran políticas ni conductas permitidas dentro de las FARC; la violación, el abuso de poder de hombres hacia mujeres, no fue una política porque si hubiera sido así no hubiéramos sido tantas las mujeres que estuvimos por mucho tiempo en armas. Por ejemplo, en el momento en que las FARC hace entrega de armas, de los más o menos catorce mil guerrilleros que entregamos armas, el 40% éramos mujeres activas combatientes. Entonces si hubiera habido internamente políticas de violación, de sexualización de las mujeres, a las mujeres nunca nos hubieran dado ni una macheta; pero nosotras todo el tiempo estuvimos armadas.

Personalmente, si eso que decían los medios de las mujeres en la guerrilla hubiera sido cierto, yo, que fui víctima de un intento de abuso sexual, no me hubiera quedado tantos años en un lugar en donde estuviera como principio la violencia hacia las mujeres.

Y así hay muchos otros temas, que hasta hoy son un estigma y un prejuicio con el que nos ha tocado

cargar, y que nos señalen. Por ejemplo, el tema del aborto. Uno de mujer combatiente sabía que por las connotaciones de la guerra no se podía ser mamá; y cuando uno asume una decisión pues también asume las consecuencias. Yo aborté una vez siendo guerrillera, y desde entonces ya tenía claro que yo no quería ser mamá, ni allá ni acá; pero también tenía claro que, aunque quisiera, era imposible porque las connotaciones de la guerra lo exigían. Está la experiencia de una compañera que se hizo madre siendo guerrillera y, teniendo el bebé de brazos, asaltaron el campamento; en ese momento nadie del grupo reaccionaba al asalto porque todo el mundo gritaba “la niña, la niña”. Y piense, en un momento como esos, uno como mujer combatiente, si suena plomo en un puesto de guardia pues uno piensa: “o saco mi equipo, o saco la pañalera del bebé, o le echo mano a mi fusil, disparo, porque o sino la muerta soy yo, o saco al bebé”.

Aun así, pese a eso, muchas mujeres pudieron ser madres dentro de la guerrilla, y lo que se tenía presente eran las condiciones operativas, asumiendo los retos de tener a la hija o al hijo: tenerlo dos o tres meses, después dárselo a una familia conocida, sacarlo a una ciudad, esconderlo, cambiarle la identidad, cambiarle todo, porque también era objetivo militar; y pues de esas cosas tampoco se ha hablado mucho, ni antes ni ahora, y es que esas cosas son difíciles y a una mujer le duele separarse de sus hijos. Por eso muchas mujeres que después de la firma se reencontraron con sus familiares, cargan con ese estigma y muchos tabús.

Entonces sí toca decirlo, pues había unas condiciones que no permitían ciertas cosas, pero quienes estábamos allá lo sabíamos, desde un primer momento, y lo asumimos como mujeres combatientes que elegimos ese camino.

I.A.: Usted es una mujer exguerrillera, firmante de un acuerdo de paz, que es conocida en distintos círculos, lugares y espacios porque siempre ha asumido públicamente su paso por las FARC-EP. Pero, además, su trabajo como fotógrafa se conoció a nivel nacional e internacional en el marco de la movilización social del 2021, y esto pasó a través de las redes sociales; aun cuando es claro hoy en día que su trayectoria como reportera, videógrafa y fotógrafa era anterior al Paro Nacional del 2021. Quisiera preguntarle si esa “visibilidad” que consigue por la movida mediática ¿perfila o define de alguna manera su

vida hoy en día de cara a hacer resistencia con una cámara al hombro? ¿Qué fue todo lo que sucedió en ese marco?

A. R.: Yo, en efecto, traía una trayectoria fotográfica de hacía rato, como guerrillera y luego como firmante; y seguir esa trayectoria también se dio especialmente porque tuve la oportunidad de quedarme en Bogotá después de firmado el Acuerdo. En Bogotá conocí muchas cosas de las movilizaciones, las resistencias y eso marcó muchas cosas. Hasta el punto, por ejemplo, de que cubrir el Paro del 2021 hizo que me quedara sin trabajo; yo era funcionaria pública y me cancelaron el contrato que tenía debido a la postura que tuve abiertamente en apoyo al Paro. Pero siempre tuve claro que eso podía pasar y siempre fui firme de estar apoyando a las chicas y chicos que salían a las calles. Siempre tuve claro que además apoyaba desde donde podía, es decir, haciendo un registro, una transmisión, un *live*, y contar lo que estaba pasando a la hora que fuera.

Eso del año pasado implicó mucho para mí, porque si bien yo fui una mujer alzada en armas, lo fui en medio de una guerra, es decir entre iguales, y la gente no piensa en eso: si el soldado disparaba uno también podía disparar, y viceversa, porque así son las reglas de la guerra y existen, las regula el DIH y está en los Convenios de Ginebra. Por eso acá afuera para mí fue muy duro ver lo criminal que fue la respuesta de la Policía y del Gobierno para con los manifestantes en la movilización social del 2021; era un grupo militar, como el ESMAD, armado hasta los dientes, agrediendo, persiguiendo y asesinando jóvenes que salían armados de dignidad a las calles, a decir que tenían hambre. Entonces al ver eso, y ver que yo ya no tenía un fusil sino una cámara, pues lo mínimo que podía hacer acorde a mi coherencia política era mostrar lo que estaba pasando.

Ahora, el impacto mediático de las redes sociales, y el alcance de lo que yo estaba haciendo, no lo dimensioné porque no era mi prioridad. Por ejemplo, pasa que muchos fotógrafos y fotógrafas que trabajan para medios o agencias no asumen una postura política, son muy pocos quienes lo asumen, y eso pasa por las condiciones de trabajo, pues es la papa de cada uno, lo que les da de comer; o porque no quieren involucrarse más allá del trabajo que hacen y entregan a sus jefes. Eso hace también que sea más importante el tema de la estética, en cómo muestran su trabajo, y cada uno en las redes tiene su perfil muy organizado porque

sirve como un *book* al alcance de mucha gente. Yo entonces estaba aprendiendo sobre eso y tenía un orden estético en mis redes, pero, primero, me cerraron una cuenta por publicar un video de una gorra de policía en llamas; yo no la prendí, pero hice el video y lo puse; entonces me cerraron la cuenta; pero luego cuando abrí otra cuenta con el usuario que manejo hoy en redes, que es como la gente me conoce: @alexarochi__, pues fue el año pasado y esa estética se perdió porque yo la hice a un lado para mostrar lo que tocaba, con urgencia. A mí me llamaban personas de Medellín, Cali, de universidades, gente en la movilización social de muchos lados, para que les ayudara a publicar o a transmitir porque pues ya sabían que yo ayudaba, porque en mis redes es obvio que apoyaba a los muchachos en la calle, y que no me daba miedo mostrar lo que estaba pasando, ¿no? Entonces yo me conectaba sin importar la hora, y luego dejaba en mis redes todo colgado, público, porque se lograba dejar un registro de la situación, de los heridos, y también lo hacía porque podía pasar que quienes estaban transmitiendo desde esos lugares donde yo no estaba y me pedían colaborar pues quizás estaban transmitiendo su último día de vida, y yo no podía hacerme la ciega con eso.

Entonces fue algo de conciencia y coherencia política, pero nunca pensando en seguidores que me fuera a ganar por ayudar a compartir. Yo no podía quedarme quieta ante el silencio que guardaron los medios de lo que pasaba. Por ejemplo, el silencio ante la conmoción interior que le declararon al Valle del Cauca, puntualmente a Cali.

Yo no dimensionaba entonces ese asunto, de que había un grado de “popularidad”, si se quiere decir de esa manera, por eso tampoco sabía lo que yo estaba haciendo realmente con mi trabajo. Por ejemplo, un día me escribieron de Canadá para decirme que querían mis fotos en una exposición y me preguntaron que cuánto valían. En ese momento yo solo les respondo “yo no necesito plata, que yo lo que necesito es que difundan lo que está pasando en Colombia porque acá los medios no están diciendo nada”.

Mis cuentas quedaron hechas un caos, porque ya no había estética, pero de ahí fue que quedó la receptividad de la gente para conmigo, no solo en las redes sino en la calle, porque, aunque para mí era solo hacer lo que podía, como conectarme a un *live* de alguien más, o prender un celular para

transmitir, o hacer una foto; para la gente fue algo más. Y yo nunca dimensioné esa ventana que abrí; ni en lo bueno ni en lo malo. Porque, así como la gente conoció mi postura y también mi trabajo como fotógrafa, pues tampoco dimensioné que podía existir un perfilamiento o un falso positivo judicial algún día.

Pero bueno, yo ya tenía definido hace rato que quería trabajar con fotografía, y que la foto de calle, de reportería, de la realidad, tiene sus consecuencias o peligros. Pero en el contexto del Paro del 2021 lo que pasó fue que afiné puntería... pero con la cámara. Porque una cosa fue en algún momento ser fotógrafa de la oficina de Prensa del Senado, donde no hay peligro, ni tengo que estar pendiente de la escopeta de los gases lacrimógenos o las aturdidoras; y otra es hacer fotos en medio del caos y de los peligros que había, incluso para reporteros y prensa alternativa en las calles.

Entonces, como mujer fotógrafa lo que me reafirmó el Paro, y haberme comprometido con mi cámara en medio de todo eso, es que me monté en el bus de que soy buena en lo que hago y nunca tuve que negociar mis posturas políticas.

I.A.: Quién es Alexa Rochi hoy, 6 años después de la firma, más allá de haber sido “la fotógrafa de las FARC”, como algunos la llaman o la referencian, ¿qué hace, a qué se dedica, qué sueños tiene, qué proyectos hay de cara a la posibilidad de un cambio político en este país con el nuevo Gobierno?

A.R.: Pasa que el cambio de Gobierno en este país cambia mi proyecto de vida, porque yo pensaba de cara a las elecciones que, si no ganaban Petro y Francia, por lo complicado que ha sido siempre el panorama electoral en este país, pues yo me iba de Colombia. Y es que yo nunca les había prestado tanta atención a unas elecciones como a las que acaban de pasar; ni al plebiscito le puse tanta atención aun siendo entonces combatiente y todo lo que eso influía en mi vida. Ahora, en cambio, estando acá afuera, convencida todos los días de mi apuesta por la Paz, pues cuando ganan por fin candidatos progresistas, interesados en la justicia social, convencidos de la importancia de defender el Acuerdo y abanderarse de él, porque nadie lo ha hecho hasta ahora; pues decido quedarme, no solo porque sí y ya, sino porque quiero estar acá para ayudar a construir esa República Sabrosa y

esa Potencia Mundial de la Vida que ahora sí nos podemos imaginar.

Colombia hace parte de mi proyecto de vida, porque es acá, en este cambio de políticas, en este cambio de Gobierno, que quiero hacer mi proyecto personal, que incluye contar mi trayectoria como fotógrafa. Porque sí, yo fui combatiente, aprendí fotografía en las FARC, pero también he hecho muchas cosas en los últimos seis años acá afuera, detrás del disparo de una cámara, y que me gustaría mostrarle a la gente quién soy ahora.

Entonces... hoy en día, *ad portas* de cumplirse 6 años de la firma de un Acuerdo divino, pero con una implementación nefasta que ha dejado a más de 300 de mis compañeros asesinados hasta la fecha de esta entrevista, como Alexa Rochi soy una mujer con sueños, a punto de graduarme de la universidad, cosa que nunca imaginé; y sobre todo soy una mujer con el anhelo de que podamos vivir en un país donde pensar diferente no nos cueste la vida.

Fueron más de trece mil guerrilleros y guerrilleras quienes, hace seis años, firmaron el Acuerdo de Paz; miles de hombres y mujeres que aún en la fragilidad de este país empezaron a creer en otra existencia posible. Entre esos miles Alexa Rochi es una, y en su historia hay una posibilidad: no el resumen de la Paz ni la vida de todas las mujeres en la guerra, pero sí la de acercarnos a experiencias humanas que un día estuvieron atravesadas por la muerte y hoy le apuestan a la vida. Como dice ella, ojalá que pensar diferente no le cueste a nadie más la vida en Colombia; ojalá... para que la paz, como el amor, sea una manera de juntar la fragilidad de muchos cuerpos y muchas vidas para refugiarnos juntos y juntas en un mundo que se derrumba. 🇵🇪

